

México en 1912: Felipe Ángeles

Un solitario en la guerra

Adolfo Gilly

Las intrincadas relaciones entre Emiliano Zapata, Francisco I. Madero y Victoriano Huerta durante la primera etapa de la Revolución Mexicana tuvieron como centro al general Felipe Ángeles. El historiador Adolfo Gilly desbroza el conflicto entre diversas personalidades: el golpista traidor, la fidelidad del Caudillo del Sur, el presidente con voluntad pacificadora, para mostrarnos a un Ángeles atrapado entre los engranajes de la discordia política y del engaño.

Para Friedrich Katz, siempre

I

Desde junio de 1912 el presidente Francisco I. Madero estaba cercado. Entre los altos mandos militares sólo podía confiar plenamente en el apenas ascendido general Felipe Ángeles, quien desde el 8 de enero, a su regreso del exilio en Europa, era director del Colegio Militar de Chapultepec. Con él había establecido en esos meses una cercana relación de ideas, convicciones y sentimientos.

En la guerra del norte contra la rebelión de Pascual Orozco, su secretario de Guerra y jefe militar de confianza, el general José González Salas, se había suicidado el 24 de marzo después de su derrota en El Rellano, adonde había sido enviado con escasez de tropas y de medios después de una feroz campaña de prensa en contra suya. Allá ascendían ahora la estrella y el prestigio de Victoriano Huerta, que el 23 de mayo había derrotado a Orozco en el mismo lugar donde éste había destruido a González Salas.

Huerta era el general que en agosto y septiembre de 1911 había hecho fracasar con amenazantes movimientos de tropa los intentos de Madero de negociar con Emiliano Zapata un acuerdo de paz. En octubre, ya electo presidente, Madero se lo reprochó a Huerta en carta pública. Un áspero intercambio de recriminaciones condujo a una ruptura, recompuesta después en las formas. Madero no ignoraba que esos movimientos tenían la aprobación del presidente interino, Francisco León de la Barra. Pero sólo atacó a Huerta. El general nunca olvidó ni perdonó la afrenta.¹

Francisco I. Madero tomó posesión de la presidencia el 6 de noviembre de 1911. El 11 de noviembre, a través de Gabriel Robles Domínguez, enviado de Ma-

¹ En su carta decía Madero que Huerta le había asegurado que no avanzaría sobre Yauhtepec: "Pues bien, a mi llegada a la capital de la República supe que me había usted engañado, pues efectivamente habían avanzado sus tropas rumbo a Yauhtepec. [...] Después, cuando estaba yo en Cuautla en los arreglos con Zapata, siguió usted avanzando y acer-

dero, Emiliano Zapata hizo llegar al presidente un documento con su firma donde proponía trece puntos para firmar la paz en el estado, entre ellos el retiro del gobernador Ambrosio Figueroa, un “indulto general a todos los alzados en armas”, el retiro de las tropas federales de las poblaciones del estado y el compromiso de dictar “una ley agraria procurando mejorar la condición del trabajador del campo”. No parecía mucho a cambio de la paz.

Al día siguiente, 12 de noviembre, la respuesta de Madero a través del mismo enviado fue tajante: “Haga saber a Zapata que lo único que puedo aceptar es que inmediatamente se rinda a discreción y que todos sus soldados depongan inmediatamente las armas. En este caso indultaré a sus soldados del delito de rebelión y a él se le darán pasaportes para que vaya a radicarse temporalmente fuera del estado”.²

Pero Gabriel Robles Domínguez no pudo entregar en persona este mensaje a Zapata. Se lo impidió el general Arnoldo Casso López. El enviado del presidente tuvo que recurrir entonces a un nuevo intermediario, Jesús Cázares. Así la cadena de transmisión se alargaba y se volvía más débil y lejana. Era un agravio adicional al destinatario.

Cázares entregó a Zapata esta respuesta en Villa de Ayala, mientras al mismo tiempo llegaban noticias de que las tropas federales al mando de Casso López se estaban movilizandando sobre las posiciones zapatistas. Del Plan de San Luis al presidente electo y de éste al presidente constitucional ahora en funciones, apenas un año había transcurrido. Zapata, refirió después Cázares, le encargó transmitir este mensaje:³

Diga usted al licenciado Robles Domínguez que le diga a Madero que si no cumple con sus compromisos con el pueblo, no pierdo las esperanzas de verlo colgado en el árbol más alto de Chapultepec. Que me ha engañado. Dígale también a Robles Domínguez que lo espero con sus federales en el Cerro del Aguacate.

cándose a Cuautla [...] con lo cual entorpeció usted mis gestiones y al fin se rompieron las hostilidades haciendo infructuosos mis esfuerzos y hasta habiendo puesto en peligro mi vida, pues Zapata muy bien hubiera podido creer que yo lo engañaba”. (Serie Revolución y Régimen Maderista-AGN. Caja 1, carpeta 9, expediente 217). En realidad, de cada uno de los movimientos de Huerta y sus tropas se mantenía informado día con día el presidente León de la Barra, quien les daba aprobación inmediata. (AHUNAM-CESU, Archivo Gildardo Magaña, caja: 30, expediente 163, folios 7-131, 9-30 de agosto de 1911).

² Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, Comisión para la Conmemoración del Centenario del Natalicio del General Emiliano Zapata, México, 1979 (primera edición, 1934-1946), tomo II, pp. 60-63.

³ *Ibidem*, pp. 69-71. Ver también, entre otros, John Womack, *Zapata y la revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1978 (novena edición), pp. 121-125; Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Entre el porfiriato y la revolución-El gobierno interino de Francisco León de la Barra*, UNAM, México, 2005, pp. 81-86; Francisco Pineda Gómez, *La irrupción maderista-1911*, Era, México, 1997, pp. 164-186.



Felipe Ángeles

“Me ha engañado”: frase clave de esta ruptura, como antes lo había sido del conflicto entre Madero y Huerta. Pero aquí no había arreglo posible. El presidente ofrecía el indulto por el “delito de rebelión” a quienes con su rebelión habían contribuido a llevarlo a la presidencia. Esta respuesta de un hacendado, el presidente Madero, a través de un emisario de tercer orden y faltando a su palabra, traía una carga de menosprecio y humillación que no existía en las confrontaciones entre iguales del presidente electo Francisco I. Madero con el general Victoriano Huerta.

Ese abrupto cambio de actitud hizo que Zapata y los suyos vieran una falsía y una celada en las negociaciones precedentes; una duplicidad al enviar un emisario mientras se movían las tropas federales; y, lo peor de todo, una traición a la palabra empeñada. La furia de Zapata se condensó en las tres palabras de su respuesta: “Me ha engañado”.

II

En su última conversación con Claudio Lomnitz, Friedrich Katz se refiere a este episodio crucial, digno de “El jardín de los senderos que se bifurcan”:⁴

⁴ Friedrich Katz / Claudio Lomnitz, *El Porfiriato y la Revolución en la historia de México-Una conversación*, Ediciones Era, México, 2011, pp. 74-75. Jorge Luis Borges, “El jardín de los senderos que se bifurcan”, *Ficciones*, Emecé, Buenos Aires, 1944, escribió: “En todas las ficciones, cada vez que un hombre se enfrenta con diversas alternativas, opta por una y elimina las otras; en la del casi inextricable Ts’ui Pên, opta —simultáneamente— por todas. Crean, así, diversos porvenires, diversos tiempos, que también proliferan y se bifurcan”. Esta ficción en la que cada decisión abre o cierra un diferente curso posterior del tiempo humano —de la historia, pues— es la materia de la obra teatral de J.B. Priestley, *Esquina peligrosa* (escrita en 1932), un ejemplo del “teatro del tiempo”, género diferente de la ciencia ficción. La respuesta de Madero cerró todos los caminos menos uno: el que llevaba a su muerte.

Una de las cosas que nunca se han explicado bien es por qué Madero decidió de un día para otro que no aceptaba esto [reanudar el acuerdo al cual ya habían llegado con Zapata]. Lo único que podía hacer Zapata, según él, era rendirse e irse del país. ¿Por qué esa decisión tomada rápidamente, sin pensarlo, sin negociar? Fue una de las decisiones más fatales de Madero, porque no sólo antagonizó a un grupo muy importante de revolucionarios sino que se puso más y más en manos del Ejército Federal.

Una decisión fatal fue, porque determinó todo el rumbo siguiente de la revolución y de la existencia misma de Madero. Esa decisión, empero, es de las que ya están tomadas antes de discutir.

Madero, hacendado y candidato presidencial, negocia de ese modo para ganar tiempo, suavizar los enfrentamientos y desmovilizar las armas. Zapata le desconfía, pero cree aún en su palabra. León de la Barra y Huerta se mueven para hacer más difícil un acuerdo y, si es posible, engañar y romper sin ceder nada. Madero piensa ceder reformas, calmar la guerra hasta ser presidente y ejercer el poder (o eso cree), y desde ahí verá. Para él y los suyos la palabra empeñada y el código de honor sólo

entre ellos tienen valor entero. No es lo mismo hacia los campesinos, los subalternos, la clase de seres que para obedecer nació y que si la engañan tiene que callarse y bajar la vista.

Sin embargo, queda en pie la pregunta de Katz: ¿por qué la violencia del viraje? Madero, ahora presidente, adoptaba en noviembre la política que en octubre había reprochado a Huerta: exigir la rendición incondicional de Emiliano Zapata como única salida. ¿Fue discutido entre León de la Barra, Huerta y Madero a la hora de la transmisión del mando? ¿Convencieron aquéllos a Madero con datos —verdaderos o falsos— que antes éste ignoraba? La disputa pública e interna entre ellos entre agosto y octubre era real. Y sin embargo, ahora Madero exigía a Zapata lo mismo que antes Huerta.⁵

Más allá de las posibles conjeturas, hay un hecho duro: Francisco I. Madero ahora es el presidente de la República, no caudillo o presidente electo como lo era hasta ese momento, ni presidente interino como Francisco León de la Barra. Madero asume su investidura, pero a él su investidura lo asume. Ahora tiene en su mano el poder y el deber de decidir, no sólo la posibilidad de negociar, prometer y mediar. Ese poder decide por él, y él hace suya la política de ese Estado hacia la propiedad y la rebelión agraria, la política que León de la Barra había recibido de Porfirio Díaz, la de ese Estado cuyos gobiernos habían cambiado pero no el Estado mismo y su materialización armada, el Ejército Federal.

En las tratativas entre agosto y septiembre del caudillo político de la revolución con el jefe campesino había un equívoco de fondo: aquél pensaba en reformas en la relación entre las haciendas y los campesinos, éste hablaba de la propiedad de la tierra y del reparto agrario. La asunción del mando efectivo disolvió ese equívoco.

En ese día de noviembre Madero inauguró su presidencia rompiendo las tratativas y declarando la guerra contra quienes en Morelos habían respondido a su llamado a tomar las armas en apoyo del Plan de San Luis.

Emiliano Zapata y los suyos vieron el repentino y violento cambio de Francisco I. Madero como un golpe a mansalva. Por experiencia propia y heredada cono-

⁵ El 16 de agosto, mientras Madero mantenía conversaciones con Zapata, Huerta informaba a León de la Barra: "Las tropas de mi mando están en camino a Yautepec en disposición de combate. Esta maniobra de las tropas tiene por fin estrechar a Zapata a que ceda incondicionalmente a las justas peticiones del Supremo Gobierno. [...] Con todo respeto que el Sr. Madero me merece, me permito manifestar a usted que sin manifestación del poder incontestable del Gobierno sus gestiones no darán ningún resultado, por esto he movido mis tropas". En respuesta del mismo día, León de la Barra se daba por "enterado con satisfacción" de las razones de Huerta y agregaba: "Celebro cordialmente la actitud de usted y de los valientes soldados que se hallan bajo su digno mando". (AHUNAM-IISUE, Archivo Gildardo Magaña, caja 30, expediente 164, folios 15:18).



cían la advertencia de Sun Tzu, dos mil doscientos años antes, sobre cómo medir la conducta del enemigo: “Si sus palabras son humildes y sus preparativos aumentan, avanzará”.⁶ Actuaron en consecuencia.

El 28 de noviembre Emiliano Zapata y los rebeldes del sur, abandonadas sus esperanzas de que Madero cumpliera sus promesas del Plan de San Luis e indignados por la afrenta de su mensaje, lo desconocieron como presidente y lanzaron el Plan de Ayala. Develaron así el sentido verdadero y profundo de la rebelión mexicana: una guerra campesina por la tierra, la justicia y la libertad. “Con el Plan de Ayala se inicia la Revolución Social en México”, escribió después Gildardo Magaña.⁷

La guerra del sur se encendió sin tregua ni medida. Madero respondió al desafío de Zapata enviando a Morelos al general Juvencio Robles. Bajo su mando el Ejército Federal condujo una campaña implacable: pueblos y aldeas incendiados; animales y cosechas robados; campesinos, zapatistas o no, fusilados o colgados; mujeres violadas; hogares saqueados. Esta campaña de terror desató, por un lado, la respuesta del ejército zapatista; y por el otro una violencia descontrolada de bandas armadas o de pueblos que se organizaban en armas para defenderse y pedían protección ya al ejército, ya a los zapatistas.⁸ Antes Huerta, ahora Robles, era a través de éstos y de las tropelías de sus oficiales y soldados como el gobierno de Madero se presentaba ante los pueblos.

Por otro lado, en la Ciudad de México en ese mes de junio toda la prensa grande —*El Imparcial*, *El País*, *El Diario*— atacaba al presidente, vociferaba contra las “hordas del sur”, estimulaba ambiciones en políticos y jefes militares y daba alimento a la opinión bienpensante. Desde la cárcel, Francisco Villa pedía su libertad sin ser escuchado y el general Bernardo Reyes conspiraba sin ser molestado.

En junio de 1912, apenas seis meses después de aquella decisión fatal, quien estaba cercado era ese presidente que no había tenido palabra y que por eso mismo estaba como estaba, pues entre sus iguales quienes eran sus enemigos tampoco la tenían ni siquiera entre ellos. Madero estaba acosado por ambos lados: la rebelión agraria del sur y la persistencia del Antiguo Régimen. Tenía

que romper ese cerco o rendirse sin lucha; y esto último no estaba en su carácter.

III

Romper el cerco: la idea original habrá sido del presidente o del director del Colegio Militar. No lo sabemos de seguro. Podemos sin embargo colegirlo. Los sueños democráticos de Ángeles estaban teñidos de una cercanía emocional con el pueblo campesino y urbano: testimonios, anécdotas y escritos suyos y ajenos así lo dicen. Los sueños democráticos de Madero eran los de un hacendado ilustrado, valiente y benévolo, leal a su medio social y distante del pueblo en afectos, costumbres y trato.⁹ Ante una rebelión popular unos y otros rasgos del propio carácter son decisivos. Por eso, en la difícil coyuntura de mediados de 1912 es muy posible que haya sido Ángeles quien, razonando con el presidente, haya influido en el cambio de la política militar hacia el zapatismo. La cercanía entre ambos era de todos conocida, la silenciosa audacia del general era aún una incógnita que sólo el tiempo revelaría.

Acorralado, pero de ánimo resuelto en situaciones de peligro, Madero decidió por fin tomar la iniciativa y hacer un nuevo y tardío viraje radical en la guerra del sur. No había cambiado su opinión de hacendado ilustrado sobre los zapatistas, pero sí había visto que quienes los combatían por las armas y por la prensa iban también contra él y su gobierno. En sustitución de Juvencio Robles designó al general Felipe Ángeles como jefe de la Séptima Zona Militar.

Así fue como el general ingresó a la guerra del sur, la región más turbulenta de México, en los primeros días de agosto de 1912. Fue una apuesta audaz, sí que arriesgada, en el estilo de cada uno de ellos dos ante el peligro. Eso sí, en el mismo día Madero ascendió a Victoriano Huerta a general de división por su éxito en la campaña contra Orozco. Huerta se regresó de inmediato desde la capital a su destino como jefe de la zona militar en Chihuahua. Allá fue recibido por la oficialidad federal

⁶ Sun Tzu, *The Art of War*, Shambala, Boston and London, 2001, p. 36.

⁷ El dicho de Magaña y el texto completo del Plan de Ayala en Gildardo Magaña, citados, pp. 79-84. El Plan de Ayala fue publicado en la Ciudad de México el 15 de diciembre de 1911 por el “Diario del Hogar”, dirigido por Filomeno Mata. Una descripción del escenario donde se firmó el Plan de Ayala en Ayoxuxtle, Puebla, y del ataque a traición del general Arnoldo Casso López, en Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur. 1912-1914*, Ediciones Era, México, 2005, pp. 37-44.

⁸ Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo*, capítulo V, “La población civil ante la insurrección zapatista”, El Colegio de México/UNAM, 2001, pp. 255-298.

⁹ Ver entre otros el amargo y entristecido testimonio de Máximo Castillo, jefe de su escolta personal en Casas Grandes en los inicios de la revolución, en Jesús Vargas Valdés, *Maximo Castillo y la Revolución en Chihuahua*, Nueva Vizcaya Editores, Chihuahua, 2003, pp. 162-164: “Veinte días estuvimos yendo a Chapultepec desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde. Todos los días le saludábamos a las cuatro de la tarde que salía a pasear acompañado por su esposa y de la guardia presidencial. Todos los días le decía al salir: ‘Señor, deseo me permita una audiencia, pues deseo hablar un momento con usted’”. Veinte días después no lo había conseguido: “Entonces volvimos a Chihuahua a esperar que el señor Madero repartiera la tierra como él lo había prometido. En vano esperé hasta el día 5 de febrero de 1912”. Ese día Castillo, que se había jugado la vida por Madero, se fue para Bachimba a sumarse a los rebeldes orozquistas.

con laureles, banquetes y loas al “héroe de Rellano y de Bachimba”. El presidente persistía en sus inciertos juegos políticos de equilibrio.

Puede desde este punto imaginarse la magnitud de la empresa que asumía Felipe Ángeles cuando se hizo cargo del mando federal en el sur para buscar, con hechos duros y no con promesas y palabras, un acercamiento con Emiliano Zapata y los suyos, ahora desconfiados y hostiles como nunca. Se proponía alcanzar una paz que, en fin de cuentas, iba frontalmente contra las convicciones, la política, la estrategia y las acciones hasta entonces del alto mando del Ejército Federal: Victoriano Huerta, Aureliano Blanquet, Juvencio Robles, Arnolando Casso López y otros poderosos oficiales con mando de tropa; y que sólo contaba con la aquiescencia dubitativa del presidente.

Juvencio Robles declaró el 4 de agosto, al dejar su cargo en Morelos, que la región se encontraba “en un estado relativo de tranquilidad” pues se había logrado “extinguir a los perturbadores del orden público”.¹⁰ En la misma fecha *El Diario*, periódico antimaderista, decía:¹¹

El general Robles siempre hizo la guerra inflexiblemente a los zapatistas, quemando sus madrigueras, fusilando a muchísimos cuando la ley de suspensión de garantías y persiguiéndolos constantemente con los inadecuados elementos que tenía a su disposición, siendo siempre enemigo de tratados de paz, por lo que exigía se rindieran.

Ahora iba a Morelos el general Ángeles —continuaba la nota— encargado por el presidente de la República para intentar “pactos con los zapatistas a fin de conseguir así, si es posible, la pacificación del Estado”.

Las declaraciones de Ángeles a *Nueva Era*, periódico maderista, confirmaban esa versión: en su criterio y en sus planes, dijo, las soluciones en Morelos antes que al orden militar correspondían al orden político.¹² Pero no era sencillo que este criterio se impusiera en la realidad.

Tres días después, el 7 de agosto, *El Diario* informaba a toda página: “Emiliano Zapata ofrece rendirse si el gobierno le concede amnistía. [...] La rendición de Zapata y gran parte de sus partidarios será cosa de muy breves días”. Si había un modo efectivo de mantener la guerra y sabotear contactos y acuerdos, ése era anunciar que éstos significaban una rendición del zapatismo. Era atribuir al nuevo comandante un propósito igual a los de Casso López o Juvencio Robles: la rendición, nomás

¹⁰ *Nueva Era*, 4 de agosto de 1912.

¹¹ *El Diario*, 4 de agosto de 1912.

¹² *Nueva Era*, 6 de agosto de 1912. Ese día *El Imparcial* titulaba su editorial “La rendición de Zapata” y, como rumor, informaba que ofrecía “rendirse bajo ciertas condiciones”. Sobre Ángeles en Morelos, ver también Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo*, El Colegio de México / UNAM, México, 2001, pp. 246-253.

que envuelta en palabras diferentes. Como meses antes contra José González Salas, la guerra de papel en la Ciudad de México se volvía ahora contra Felipe Ángeles.

La desmentida zapatista a esas versiones no tardó y no fue en el papel. Descarrilaron trenes, atacaron posiciones federales y continuaron cobrando tributo a las haciendas azucareras para no incendiar sus cañaverales —lo cual, de paso, preservaba las fuentes de trabajo y, una vez en guerra, era un mal menor para muchos hacendados. Nada menos que el ex gobernador Pablo Escandón, dueño de la hacienda de Atlahuayan, era uno de éstos. En las paredes de Cuernavaca y de otras poblaciones aparecieron manifiestos firmados por Emiliano Zapata llamando a la rebelión contra el gobierno. Entrevistado el 6 de agosto por un enviado de *El Imparcial* en su cuartel en el Rancho El Jilguero, el general Lorenzo Vázquez así le habló:¹³

Mire usted, amigo, para que se depongan las armas no hay más remedio que la renuncia del Presidente. Ya han venido muchas gentes aquí para entablar arreglos de paz y todas traen promesas a pasto, pero lo que quieren es engañarnos. [...] Nosotros lo que deseamos es que se cumplan todas las promesas que cuando Madero era el jefe de la revolución de 1910 hizo al pueblo mexicano.

Más claro imposible.

IV

Para Ángeles nada de eso era razón suficiente para retroceder en su política. Buen militar, tenía nervios sólidos y conocía la insidia. El primer paso era práctico: reorganizar su propio ejército, al cual a su llegada encontró en penoso estado. Así lo escribió años después:¹⁴

Los soldados parecían sin alimentos, amarillos los rostros, sucios y desgarrados los uniformes. “¿En dónde están los cuarteles?” —pregunté—. “¿Dónde duermen los soldados, dónde se protegen de las lluvias?”. ¡Pobres soldados, vivían a la intemperie en aquellas elevadas cimas de lluvias frecuentes, casi continuas todo el año! ¡No tener siquiera un pedacito de tierra seca donde echarse a dormir!

Paso concomitante fue poner orden en una oficialidad cuya moral y cuya conducta los métodos de Juvencio Robles y las costumbres cuarteleras habían relajado

¹³ *El Imparcial*, 9 de agosto de 1912. Lorenzo Vázquez “es joven, tendrá a lo sumo treinta años”, anotó el periodista.

¹⁴ Felipe Ángeles, “Genovevo de la O”, en Adolfo Gilly (compilador), *Felipe Ángeles en la revolución*, Era, México, 2008, pp. 262-282. Un original mecanuscrito, en The Bancroft Library, University of California, Berkeley, Fondo Silvestre Terrazas, M-B 18, Pt. I, Box 85.

y contaminado. El general se alojó en Cuernavaca en el Hotel Buena Vista, administrado por su propietaria inglesa, Rosa King. En sus memorias de esos años, la señora King recordó:¹⁵

Para atenuar tantos males nos enviaron a un nuevo comandante, el general Felipe Ángeles. Recuerdo los meses de su jefatura como un interludio en el que al menos fugazmente, algo de la antigua paz regresó a Cuernavaca —antes de que nuestro pequeño mundo se derrumbara. El general Ángeles era delgado y de buena estatura, más que moreno, con la palidez que distingue al mejor tipo de mexicano, de rasgos delicados y con los ojos más nobles que haya visto en un hombre. Se describía a sí mismo, medio en broma, como un indio, pero sin duda tenía el aspecto que los mexicanos llaman de indio triste. Otros grandes atractivos se encontraban en el encanto de su voz y sus modales.

Desde que lo presentaron percibí en él un par de cualidades que había echado de menos en sus antecesores, las de la compasión y la voluntad de entender. Me agradó, incluso antes de escuchar entre sus jóvenes oficiales que no toleraba crueldad ni injusticia alguna de sus soldados. [...]

¹⁵ Rosa E. King, *Tempestad sobre México*, Conaculta, México, 1998, pp. 83-84.

Un día en que el general Ángeles y yo hablábamos del sufrimiento de los pobres indios contra quienes se hallaba en campaña, me dijo con un gesto de acentuado desaliento:

—Señora King, soy un general, pero también soy un indio.

Era en efecto un indio, y lo parecía: un hombre distinguido en su tipo, educado en Francia.

Felipe Ángeles quiso empeñarse en mostrar con gestos y con hechos la realidad de una política ilusoria: en plena guerra del sur, tender entre Madero y Zapata los puentes que aquél había destruido ese día de noviembre de 1911 en que, ya presidente, exigió a Zapata que se rindiera a discreción a cambio de un indulto. En agosto de 1912 todo iba en sentido contrario. Pero el general, que era terco, insistía en nadar contra la corriente, como otras veces lo había hecho y como años después volvería a hacerlo. Dueño de buena pluma y de claridad expositiva, le entró también a la guerra de papel.

El 23 de agosto Gerald Brandon, corresponsal de *El Diario*, lo encontró en Cuernavaca escuchando un vals ejecutado por la banda militar en la concurrida retreta de la plaza. Entablaron conversación y Ángeles le dijo:¹⁶

¹⁶ *El Diario*, 24 de agosto de 1912.



Felipe Ángeles y Lucio Blanco

© Centro de Estudios de Historia de México / Canso

No hay revolución aquí en el sur, no hay guerra. Esto no es una campaña militar, pues las fuerzas del gobierno no tienen enemigo que combatir. [...] En Morelos, como en todas partes, la gran mayoría del pueblo es trabajadora y honrada, pero por desgracia han sido sistemáticamente hostilizados por las autoridades militares que me precedieron en esta jefatura. Con una falta de tacto increíble, han sido perseguidos inhumanamente pacíficos campesinos cuyo único delito consistía en haber dado alguna vez de beber a los zapatistas que se habían acercado a sus ranchos.

Las declaraciones del general al periodista fueron subiendo de tono, hasta poner en cuestión la serenidad y el tino de los jefes militares que lo precedieron en Morelos:

Centenares de hombres han perecido víctimas de una nerviosidad inexplicable, que ha ocasionado que las tropas disparasen contra cualquier grupo que encontraban en los campos y caminos. Innumerables pueblos han sido incendiados y sus habitantes despojados de sus pocas y pobres propiedades. En fin, con sobrada razón los morelenses han llegado a considerar a la fuerza federal y auxiliar como sus mayores enemigos.

Siguió diciendo que, como resultado de su actual política, habían regresado a sus trabajos varios miles de peones y los caminos reales eran transitados otra vez por arrieros y comerciantes. “No ha habido un solo combate en todo el Estado”, agregó.

v

Al día siguiente Ángeles salía a caballo para México con el capitán Gustavo Bazán, sin más escolta que su caballero. El corresponsal pidió sumarse a la partida. Después escribió en su periódico:

Ayer en la mañana salimos los cuatro jinetes a la hora señalada. En Huitzilac desayunamos y alternando trote y galope atravesamos la sierra, llegando a Tepepan después de cinco horas de camino. En Tepepan, sobre la vía de Xochimilco, tomamos un tranvía eléctrico, llegando al Zócalo al mediodía. En el camino no ocurrió novedad alguna.

“Ahora puede usted informar a sus lectores acerca de la verdadera situación del Estado de Morelos”, dijo el general al periodista al despedirse en el Zócalo, y de allí se dirigió a Chapultepec a encontrar al presidente Madero. La nota se publicó en *El Diario* el 24 de agosto.

En *Nueva Era* aparecieron declaraciones similares. En un destacamento Ángeles había encontrado que un jefe militar tenía un establo de vacas robadas. Ordenó una averiguación, las mandó devolver a sus dueños y abrió un proceso al oficial. En Santa María encontró que la iglesia “estaba destinada a cuartel después de haber sido incendiado el pueblo”. Dio orden de repararla y pidió a la diócesis de Cuernavaca que se restableciera el culto. Santa María era el pueblo de Genovevo de la O.¹⁷

¹⁷ Sobre estos episodios volvió a escribir en 1917: Felipe Ángeles, “Genovevo de la O”, en Adolfo Gilly (compilador), *op. cit.*, pp. 262-282.



Felipe Ángeles con sus cocineras en Cuernavaca, 1914

“Más que una campaña por medio de las armas, se necesita entablarla por medio de la razón y la justicia, para que los vecinos confíen en el ejército al cual ven con temor”, dijo el general al periodista.

El revuelo que estas entrevistas armaron entre los jefes federales fue indecible. Desde Chihuahua vino la respuesta. Victoriano Huerta se dirigió al Presidente y a la Secretaría de Guerra pidiendo una investigación sobre lo declarado por Ángeles, “por exigirlo así su honor de hombre y de soldado”.¹⁸ Varios de sus oficiales, que en 1911 habían estado en la campaña de Morelos, enumeraron una serie de acciones y combates librados por los federales contra “las hordas del bandido de Villa de Ayala”. De eso Ángeles nada sabe y nada entiende, dijeron a la prensa,

pues precisamente en esa época se paseaba tranquilamente en Europa y el ejército al que hoy ofende y calumnia se batía con denuedo y valor en todos los campos donde imperaba la revolución. [...] Ángeles es un utopista, nada conocedor de la ciencia de la guerra fuera de lo que ha aprendido en los libros, menos conocedor aún de la índole y fines del zapatismo, así como ignorante en lo absoluto del terreno del Estado de Morelos.

El enviado del periódico *El País* en Chihuahua recogió declaraciones similares:¹⁹

La opinión de los generales, oficiales y jefes divisionarios es que Ángeles ha injuriado, deturpado, difamado al ejército al hacer declaraciones semejantes. Protestan todos contra esas imputaciones y al contestar al cargo de que en Morelos no existe zapatismo, muchos oficiales indignados muestran cicatrices y huellas imborrables de la existencia de un enemigo en Morelos.

Mientras en la guerra del sur los choques armados habían disminuido, según lo mostraban en la práctica las excursiones a caballo del general, los choques verbales públicos con los oficiales federales se iban poniendo candentes. Ángeles tuvo que desmentir parte de sus propias declaraciones a Gerald Brandon, el enviado de *El Imparcial*, aunque ratificó como propias las hechas a *Nueva Era*, similares a aquéllas.

En carta del 31 de agosto al general Juvencio Robles, después hecha pública por el presidente Madero, Ángeles le pidió no dar crédito a las declaraciones publicadas por *El Imparcial*: el artículo que Brandon escribió “no interpreta exactamente mis ideas. Lo de la nerviosidad lo urdió generalizando dos casos concretos que le relaté; lo de los partes falsos lo generalizó de otro caso

que se sabe públicamente, y lo de las apropiaciones indebidas, de casos que él conoce, según parece. [...] Las únicas que yo hice son las que publicó *Nueva Era*”, dice la carta.²⁰

Era una retractación pública, que mucho debe de haber costado a la altivez del general, pero la decisión venía de su superior inmediato, el presidente de la República, que no quería chocar con su ejército ni jugarse el todo con la apuesta de Ángeles en Morelos. Ahora bien, salvo la “nerviosidad inexplicable”, acusación mayor para un jefe militar, lo publicado por *Nueva Era* no difería de lo dicho en la entrevista de *El Imparcial*. Madero había mandado a Ángeles a Morelos para cambiar métodos y política y ahora quería atenuar el impacto ante el contraataque del alto mando federal. Quien quedaba pagando por ese paso atrás era Felipe Ángeles. Así se iba cocinando a fuego lento la que sería llamada la Decena Trágica.

Pero el conflicto había salido a la luz pública y de esto el general no se arrepentía. Era el precio de intentar romper el cerco, cambiar la índole de la guerra y tender nuevos puentes a los rebeldes del sur contra la conjura antimaderista en marcha.

VI

El 2 de noviembre y días siguientes, a tres meses de la llegada de Ángeles a Morelos, las tropas a su mando fueron atacadas en La Trinchera por las de Genovevo de la O. Era la región donde éste operaba, cercana a su pueblo de Santa María.²¹ Después de diez días y del arribo tardío de un batallón federal de refuerzo al mando de Aureliano Blanquet, siguieron tres horas de combate y los zapatistas se replegaron.

La prensa de la Ciudad de México dio versiones heroicas de lo sucedido. El 7 de noviembre *El Diario* apareció con estos titulares de primera página: “*Trescientos zapatistas murieron ayer en las cercanías de Cuernavaca*”. Más abajo: “*El combate, desarrollado de acuerdo a un notable plan estratégico del general Ángeles, se considera como el más importante en la campaña zapatista y quizá como el mejor en la gloriosa historia de nuestro ejército*”. Por fin, en grandes caracteres: “*Blanquet, el aguerrido, compartió brillantemente los peligros y el triunfo —Genovevo de*

²⁰ AGN, Archivo Francisco I. Madero, expediente 1407-1, folio 37867-31868.

²¹ El 10 de agosto de 1911 en ese mismo lugar había sido atacada una columna al mando de Huerta. Informó éste el día 11 a León de la Barra: “Ayer a las 12:40 p.m. en un lugar intermedio entre Huitzilac y Cuernavaca que se llama La Trinchera, en donde existe efectivamente una antigua fortificación, un grupo de partidarios de Zapata, cuyo número no pude apreciar, se atrevió a hacer fuego sobre la columna de mi mando” (AHUNAM-CESU, Archivo Gildardo Magaña, caja: 30, expediente 163, folios 23-30).

¹⁸ *El Imparcial*, 28 de agosto de 1912.

¹⁹ *El País*, 28 de agosto de 1912.

la O estuvo al frente de las hordas". Más de mil palabras en este tono tenía la información de ese día.

Ante esto Ángeles decidió que la batalla más importante en esos días no estaba en La Trinchera en Morelos sino que había que darla en la guerra de papel en la Ciudad de México. Envío entonces una carta al *El Diario* que éste publicó sin comentarios, no sin dejar de insertar una vez más el desmesurado relato del día anterior.²²

La carta de Ángeles —370 palabras— interesa no sólo por cuanto dice, sino también porque su estilo didáctico, escueto y sin adjetivos da, como otros escritos suyos, la medida de la persona:

He sabido que los periódicos de México han publicado noticias alarmantes respecto al Estado de Morelos, hasta el grado de poner en duda si Cuernavaca había sido o no tomada por los bandoleros; y creo conveniente relatar lo que ha pasado. El día 31 de octubre avisaron unas mujeres al Jefe del Destacamento de Cruz de Piedra que habían sido robadas cerca del Cerro de la Trinchera. Ese jefe envió treinta soldados al lugar del robo, los cuales fueron tiroteados por los bandoleros apostados en el Cerro de la Trinchera, haciéndoles un muerto y tres heridos. Al día siguiente en la mañana mandé hacer en el mismo lugar un reconocimiento y fui informado de que los bandoleros habían abandonado esa posición. Pero el Jefe del Destacamento en Huitzilac me participó que ahí estaban y que eran muy numerosos. Por esta contradicción, quise cerciorarme personalmente y a guisa de paseo, salí, recogí en el camino 53 soldados y resultó que efectivamente allí estaban, eran numerosos y nos hicieron dos muertos y dos heridos. Al día siguiente, 2 de noviembre, quise saber si los bandoleros dormían en su posición o lo hacían en los pueblos cercanos de Chamilpa, Ocotepéc y Ahuyatepec, y envié un reconocimiento de 150 soldados, que se interpusieron entre esos pueblos y la posición anterior, antes de que amaneciera. Resultó que dormían en su posición del Cerro de la Trinchera.

Proyecté una maniobra para desalojarlos de esa posición, que es muy fuerte y muy importante. Pero para ejecutarla necesitaba un batallón y una batería que operara en Huitzilac, en combinación con las tropas de Cuernavaca. Estaba el señor General Blanquet en vías de salir para el Norte, con su Batallón y una sección de Artillería, cuando hice al señor General Secretario de Guerra la petición de un Batallón y una batería, y tuvo a bien mandarme esas tropas, más una sección de Artillería. Llegó el señor General Blanquet a Huitzilac el día seis en la mañana. Inmediatamente hicimos la maniobra proyectada, algo interesante desde el punto de vista teórico; pero casi sin mérito, porque se hacía contra ignorantes e indisciplina-

²² *El Diario*, 7 y 8 de noviembre de 1912.

dos bandoleros. Tuvimos dos heridos. El público juzgará si la alarma causada por los periódicos corresponde a la importancia de los hechos. Felipe Ángeles.

El general pedía la publicación de su carta "en obsequio de la verdad y de la tranquilidad pública". Al presidente Madero y al ministro de la Guerra había enviado como parte de guerra un telegrama de ocho palabras: "La maniobra ejecutada hoy tuvo un éxito completo". Mucho más explícito había sido en la guerra de papel.

Años después, en 1917, en el periódico *La Patria* de El Paso, Texas, volvió sobre el tema:²³

El combate en La Trinchera duraría tres horas; desalojamos al enemigo, tomamos posesión del cerro y establecimos ahí un destacamento en un cuartel y fortificación muy confortables.

El triunfo fue celebrado por la prensa y otorgado naturalmente a Blanquet, el enemigo latente del gobierno. [...] Pero en realidad el triunfo era de Genovevo, que por diez días había desafiado desde la altura de La Trinchera a las tropas del gobierno y finalmente se iba casi intacto.

En el combate de La Trinchera uno de los primeros asaltos a las posiciones zapatistas había sido encabezado por el capitán Eduardo Román. Recibió una herida grave, murió de ella al final de noviembre. En el sepelio el general dijo unas extrañas dolidas palabras, reveladoras del peculiar entramado de sus ideas y sus sentimientos.²⁴

Desearía yo para mí una muerte tan gloriosa como la de este capitán. Pero aun cuando yo muriese en el campo de batalla, el caso no sería el mismo, pues el que yace dentro de ese ataúd sacrificó en aras del amor patrio su juventud, su porvenir entero, cosas que para mí no sería posible sacrificar puesto que ya no las poseo. Y ya que no para mí, desearía una muerte tan gloriosa para uno de mis hijos. El capitán Román fue mi discípulo. Ahora me siento orgulloso de haber sido su maestro.

No era la habitual retórica militar. El hombre estaba conmovido. Volvía entonces, como otras veces en sus escritos y en sus dichos, al ideal guerrero de la vida heroica, la gloria militar y la bella muerte, ideal tan fuera de lugar en esa guerra de la tierra, tan extraño para sus tropas como para sus enemigos. Ese hombre era un solitario.

²³ Felipe Ángeles, "Genovevo de la O", en Adolfo Gilly, *op. cit.*, pp. 267-268; sobre el combate de La Trinchera, Francisco Pineda Gómez, *op. cit.*, pp. 185-189. El 11 de agosto de 1911.

²⁴ *El Diario*, 2 de diciembre de 1912.

La guerra del sur, en su perversa combinación de plomo de balas y plomo de imprenta, se le iba volviendo compleja al general. Más de una vez sus tropas se insubordinaron o amenazaron hacerlo, muy posiblemente porque a diferencia de sus predecesores, Huerta y Robles, no les permitía saquear, robar o matar civiles.²⁵ Por momentos endureció las medidas represivas. A inicios de 1913, por órdenes del presidente Madero apremiado por la prensa, mandó quemar una ranchería abandonada por sus pobladores en fuga que, le habían dicho, había sido cuartel de Genovevo de la O.

El 14 de noviembre, desde Cuernavaca, el general enviaba al presidente una amarga carta describiendo la situación. “Tengo escasez de tropa para la doble tarea del servicio de seguridad en Cuernavaca y las actividades en el estado, escribía. Para el combate de La Trincheira pude apenas procurarme 700 hombres. Blanquet se da el lujo de mandar mil hombres reunidos, mientras que yo, que tengo un cargo mucho más importante,

²⁵ Friedrich Katz, *Pancho Villa*, Ediciones Era, México, 1998, volumen I, p. 317. El 31 de octubre Ángeles escribía a Madero desde Cuernavaca: “Parte del 11° Regimiento que guarnecía Yauatepec se rebeló y otra parte tenía una actitud próxima a la rebelión y mandé desarmarla”. (Biblioteca Nacional, Archivo Francisco I. Madero, caja 50, expediente 1407, folio 37871).

salgo con cincuenta soldados y cuando más bien me va con trescientos. Además, sin decir palabra me van retirando tropas”.

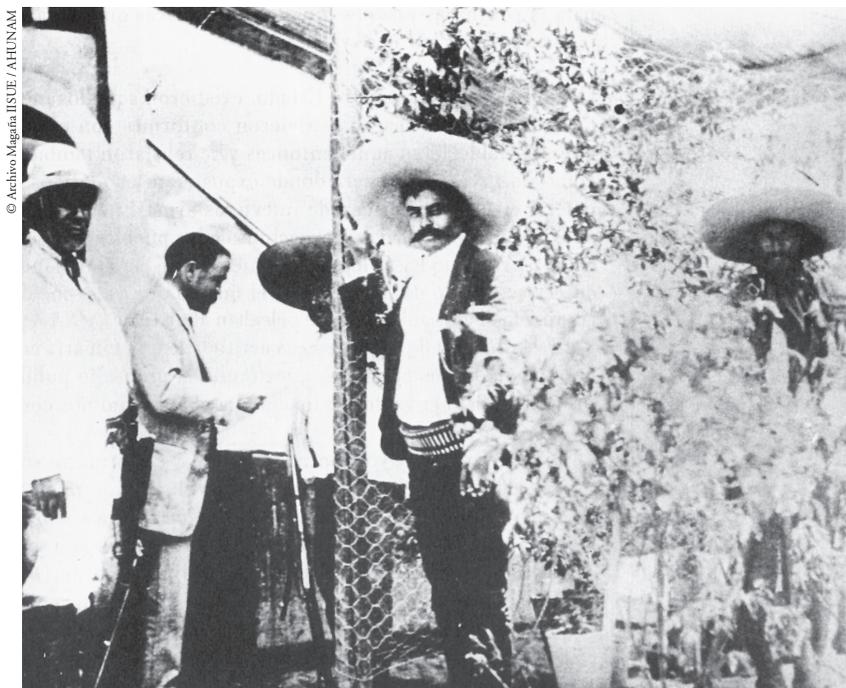
“Aún así”, concluye la carta, “haré imposibles aunque me desprestigie; pero no crea usted que flaqueé un solo instante. González Salas marchó con un puñado y Huerta con millares”.²⁶ La mención de la tragedia de El Rellano daba la medida del apremio bajo el cual se encontraban el general y el presidente a mediados de noviembre de 1912. Estaban bajo los fuegos de una guerra oculta de los altos mandos del ejército, una guerra abierta de los zapatistas y una campaña de prensa concentrada e insidiosa.

Por esos días el general de división Victoriano Huerta tenía sesenta y ocho años de edad. Era veterano de las feroces guerras contra los yaquis en Sonora y contra los mayas en Yucatán. Había estado en Monterrey en el gobierno de Bernardo Reyes. Bajo su mando en la División de Operaciones del Norte se reagrupaba ahora buena parte de la oficialidad hostil al presidente Madero. No había olvidado —jamás olvidaba— las ofensas públicas que éste le había infligido un año antes, en octubre de 1911.

²⁶ Adolfo Gilly, “¿Y de mis caballos, qué? —Un incidente en la vida del general Felipe Ángeles”, en Adolfo Gilly (compilador), *op. cit.*, pp. 47-48.



Genovevo de la O con Pablo González y Jacinto Treviño



Emiliano Zapata y Francisco I. Madero en Cuautla

Victoriano Huerta era el general que se había opuesto a los Acuerdos de Ciudad Juárez y a la renuncia de Porfirio Díaz, diciendo que con unos pocos miles de dragones él acababa con los revoltosos, esas “bandas milenarias” que, más astutos, Porfirio Díaz y su ministro de finanzas José Yves Limantour dejaron como herencia envenenada a Madero. Huerta había encabezado la escolta que el 26 de mayo de 1911 acompañó a Porfirio Díaz hasta Veracruz, en ese viaje al exilio iniciado con la majestuosa despedida que don Porfirio, agitando su sombrero desde el balcón del último vagón, dedicó al México que con él también se iba. En ese tren cargado de pasado y de destino mucho se conversó, supone uno, entre ambos generales del Antiguo Régimen.²⁷

VIII

En diciembre de 1912 la tragedia desatada el 9 de febrero de 1913 estaba madura y sus personajes ya en la escena: Madero, Ángeles, Huerta, Blanquet, las com-

²⁷ De la estación San Lázaro salieron en realidad tres trenes sucesivos, “con el intervalo de tiempo suficiente para conservarse a la vista”, y como avanzada una locomotora exploradora. En el primero iba un carro con dos ametralladoras, y después “dos coches en los cuales iban ciento cincuenta individuos de tropa con cinco oficiales”. El segundo tren estaba “compuesto de tres coches, uno de ellos ocupado por el Señor General de División D. Porfirio Díaz con su familia y acompañado por varias personas; y los otros dos por escolta de Guardias de la Presidencia”. En el último tren, de dos carros, iban ciento cuarenta y nueve hombres de tropa y cuatro oficiales del Batallón de Zapadores. Sin otra novedad que un breve incidente con un pequeño grupo armado a la altura de Tepeyehualco, el tren llegó al puerto de Veracruz a las 6:15 p.m. (Parte del general Victoriano Huerta al presidente Francisco León de la Barra, Veracruz, 28 de mayo de 1911, AHUNAM-CESU, Archivo Gil-dardo Magaña, caja: 30, expediente 163, folio 7).

parsas y el coro. Tragedia y desenlace se habían convertido en una necesidad aunque sus peripecias, como es ley de la vida, dependieran después del azar —la primera de todas, la muerte del general Bernardo Reyes en el ataque inicial a Palacio Nacional.²⁸

En ese día aciago del 9 de febrero Madero reaccionó de inmediato. Primero salió a la calle con el Colegio Militar; y después, en uno de sus golpes de audacia personal, viajó a Cuernavaca en un automóvil sin escolta para buscar apoyo, consejo y amistad en Felipe Ángeles. No confiaba en Huerta, pero confiaba en sí mismo y en su buena estrella espiritual. Los zapatistas sin decir palabra lo dejaron pasar. Era un acuerdo con Felipe Ángeles. De seguro Madero lo sabía o lo intuía, en ese su modo de saber unas cosas y desentenderse de otras. En sus inigualables memorias de aquellos tiempos en Cuernavaca la señora King, en cuyo hotel se alojó Madero, cuenta de ese día:²⁹

Descubrimos, sin embargo, que Ángeles había conseguido comunicarse con Zapata y también mandarle dinero, el cual siempre faltaba a los rebeldes, y que el caudillo había prometido no atacar al presidente durante su regreso a la Ciudad de México, ni a los hombres, mujeres y niños que desvalidos se habían quedado en Cuernavaca. Esto nos dio confianza, al menos por el momento, pues era sabido que Zapata siempre cumplía su palabra.

En la noche de su breve estadía en la ciudad se le reunió a Madero en la puerta del hotel una multitud hostil que le reclamaba no haber cumplido sus promesas y empezaba a lanzar gritos en su contra. Ángeles, advertido por la señora King, convenció al presidente de que no debía salir al balcón como quería, sino dejarlo a él hablar con la gente. “Así lo hizo y, de pronto, todo era silencio”, recuerda la señora. Cierra luego la escena con estas líneas de percepción sutil:

²⁸ El 23 de enero de 1913 el Bloque Liberal Renovador de la XXVI Legislatura —los diputados maderistas, entre ellos Gustavo A. Madero y Luis Cabrera—, en entrevista privada había entregado al presidente un memorial apremiante. Decía, entre otros augurios, que “la revolución va a su ruina, arrastrando al gobierno emanado de ella” y era inminente una “guerra civil que se desenlazará tal vez con el derrumbamiento del gobierno”. Vea como primer enemigo y amenaza “la insana labor de la prensa de oposición”. Pero, agregaba, en medio del caos “ha habido una institución de tradiciones gloriosas que ha defendido denodadamente al gobierno de la legalidad: el heroico Ejército mexicano. La lealtad del Ejército, robustecida por la clara noción que tiene de su alto deber, ha exaltado su prestigio, su respetabilidad, su honor y su gloria, no sólo ante el criterio de la República sino ante la opinión universal”. Madero los escuchó, les dijo que exageraban, les agradeció y prometió responder por escrito. Pero ya no pudo: el Ejército Federal se atravesó en su camino, dando inesperada razón a los presagios del memorial.

²⁹ Rosa E. King, *op. cit.*, pp. 80-81.

Nadie podría imaginar mi alivio cuando Ángeles regresó para informarnos que la gente se dispersaba y volvía a sus hogares. La actitud del general era extraordinariamente tranquila y desenvuelta, como si hubiese resuelto un asunto intrascendente y su vida no hubiera corrido ningún riesgo. La imagen de estos dos hombres en mi recibidor, el soldado y su jefe de aspecto frágil y bondadoso, me sugirió que en el afecto de Ángeles hacia Madero había mucho del sentimiento protector que el niño mayor dispensa al pequeño, el cual a esto debe su existencia.

Madero regresó de inmediato a la Ciudad de México. Al día siguiente Ángeles entró a la capital con sus tropas. No podía saber que en ese momento estaba saliendo de Morelos por última vez en esos breves años maderistas. En la Ciudad de México el mando federal, al cual tuvo que subordinarse, le asignó un emplazamiento secundario, riesgoso e inocuo. “Qué le habrá visto Madero a este Napoleoncito”, dicen que dijo Huerta cuando supo de su llegada.

IX

El 18 de febrero de 1913 el general Aureliano Blanquet, el de la triste fama, tomó de un brazo al presidente Madero en el patio de Palacio Nacional y le dijo: “Es usted mi prisionero”. “Es usted un traidor”, respondió el presidente. Horas después fue apresado también Felipe Ángeles. El presidente fue asesinado, el vicepresidente también. Sus enemigos habían terminado de cerrar el cerco. Pero al mismo tiempo habían destruido el dique de contención y puesto en libertad las turbulentas aguas de la guerra y la revolución sobre México entero: en el norte y en el sur, sobre el Pacífico y sobre el Atlántico.

El general, primero preso en Lecumberri, fue después enviado al exilio. Muchas fueron las peripecias que en su vida siguieron. Volvió a México en octubre de 1913 a sumarse a la revolución constitucionalista. En marzo de 1914 el Primer Jefe Venustiano Carranza, con quien las relaciones eran tensas, lo envió a la División del Norte. Entre abril y mayo de 1914 Pancho Villa, Felipe Ángeles y la División del Norte derrotaron a los federales en tres batallas sucesivas: Torreón, San Pedro de las Colonias, Paredón. El 23 de junio la ofensiva culminó con la toma de Zacatecas, la plaza que Huerta soñaba inexpugnable. Allí quedó destruido para siempre el Ejército Federal y decidida la victoria militar de la revolución.

Aquel que se paseaba por París sí sabía del arte de la guerra.

En octubre de 1914 Felipe Ángeles regresó a Cuernavaca como no podía haberlo imaginado en aquel fe-

brero de 1913. Venía ahora con una representación de la victoriosa División del Norte a buscar a Emiliano Zapata y los suyos para invitarlos a sumarse a la Convención de Aguascalientes. Quería cambiar con ellos el rumbo de la asamblea, donde en la incertidumbre predominaban la figura, la habilidad y la fuerza de Álvaro Obregón. En el sur lo recibieron con los brazos abiertos. Cuentan los testigos allí presentes que Zapata dijo: “General, no sabe usted cuánto gusto me da verlo. Usted fue el único que me combatió honradamente y por sus actos justicieros llegó a captarse la voluntad del pueblo morelense y hasta la simpatía de mis hombres”.³⁰ Fueran éstas u otras similares las palabras, ese encuentro era un fruto tardío pero seguro de la conducta de Ángeles en la guerra del sur. La incorporación de los zapatistas le cambió a la Convención de Aguascalientes el programa y el rumbo.

El domingo 6 de diciembre de 1914 la División del Norte y el Ejército Libertador del Sur entraron en la Ciudad de México bajo la bandera del gobierno convencionista y desfilaron en triunfo por sus calles. Un cronista ese día registró esta escena:³¹

Los generales zapatistas y villistas recibieron mil agasajos. Los generales Eufemio Zapata y Juan Banderas, el general Triana y otros, contestaban agradecidos. El general Ángeles seguía su ruta impasible.

X

El general Genovevo de la O nació el 3 de enero de 1876 en el pueblo de Santa María Ahuatitlan. En diciembre de 1949, cuando estaba por cumplir sus setenta y cuatro años, allá lo entrevistó un enviado de la revista *Impacto*. Genovevo se lo llevó a escalar las Trincheras del Madroño por sendas escarpadas (a ver qué tan bien sabe trepar este muchachito de la ciudad, habrá pensado). Una vez allá arriba le dijo: “Estas trincheras fueron también de Felipe Ángeles. Decía que era federal, pero nunca nos persiguió”.³²

Genovevo de la O murió el 12 de junio de 1956 en su pueblo de Santa María. Nunca se hizo rico. Felipe Ángeles, tampoco. **U**

³⁰ Gildardo Magaña, *op. cit.*, tomo V, pp. 203-205.

³¹ *El Monitor*, 7 de diciembre de 1914 (reproducido en *Nuestro México*, publicación quincenal, UNAM, 1983, número 5, p. 34).

³² *Impacto*, México, 7 de enero de 1950, pp. 47-49.

Presentado en el *Coloquio del Centenario – La revolución mexicana. Los años maderistas (1911-1912)*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales–UNAM y El Colegio de México, México, 14-16 noviembre 2011. Agradezco a Édgar Urbina Sebastián su participación en la investigación de este ensayo.